LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 7 DE FEBRERO DE 1887 — NUM. 267

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTO EN SAN LUIS (AMERICA DEL NORTE)

ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN, modelada y fundida por Fernando de Miller

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.—Escaparates*, por don Eduardo de Palacio.— *Historia de un hombre, contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González. – *Química del cielo*, por don José Rodríguez Mourelo.

GRABADOS.—*Cristóbal Colón*, estatua destinada á San Luis (América del Norte), de Fernando de Miller.—*Fernando Miller*, autor de la estatua de Colón.—*Segura de sí misma*, cuadro de Weingartner. —*La primera lección de baile*, cuadro de H. Schroder.—*El fanfarrón*, cuadro de W. Lowith.—*Plantel militar*, acuarela de Tapiró. – *Lo que cambia la moda*, cuadro de V. St. Lerche.—*Las hermanas*, cuadro de A. de Kaulbach.—*El león de Lucerna*, dibujo de J. M. Marqués.—*Suplemento artístico: La recepción de la favorita*, cuadro de Francisco Beda.

NUESTROS GRABADOS

CRISTÓBAL COLÓN

Estatua destinada á San Luis (América del Norte).

Pocas glorias han sido más incontrovertidas que la gloria de Colón. Por esto es venerado su nombre, por esto es ensalzada su memoria, por esto la humanidad culta le erige monumentos, testimonios de admiración y de gratitud. Gracias á la ilustrada esplendidez de Enrique Shaw, acaudalado alemán residente en San Luis de Norte-América, esta ciudad pagará muy en breve al ilustre genovés el tributo que debieran rendirle todas las poblaciones situadas en la parte de mundo que presintió con su talento y descubrió con su valor heroico.

La estatua de Colón que reproducimos ha sido modelada y fundida en Munich por Fernando de Miller, escultor alemán de gran valía y el primero en su patria cuyas obras han sido transportadas y admiradas en América. Su Colón es una demostración más de su potencia artística. El descubridor del Nuevo Mundo figura erguirse en el punto más elevado de su carabela, en el momento de aparecérsele la tierra que tantas veces había visto con los ojos del genio. ¡Día fausto, efeméride sin rival en lo humano, inolvidable fecha la del 11 de octubre de 1492! El gran genovés abarca con la mirada el horizonte, domina ya en ese mundo de que va á hacer presente á España y parece como presagiar la ingratitud con que ha de ser correspondido. Quien adivinó la grandeza de un mundo, bien pudo adivinar las pequeñeces de las humanas pasiones.

La obra de Miller está modelada con holgura; tiene movimiento, vida, riqueza de detalles, y sin traspasar los límites del arte plástico, corresponde al objeto monumental de su destino. Los inteligentes la han calificado de obra la más perfecta salida de la famosa fundición de Munich, que su autor dirige igualmente.

Hoy que nuestra ciudad se dispone á honrar, en soberbio monumento, la memoria de Colón, la estatua de Miller es un dato precioso, un ejemplo de cómo los grandes genios de la ciencia son tratados por los grandes genios del arte.

FERNANDO DE MILLER, autor de la estatua de Colón

Este artista nació en Munich el 8 de julio de 1842 é hizo sus primeros estudios en la Real Academia, de que es hoy miembro honorario. Más tarde, y sintiéndose con decidida vocación para la escultura, visitó París, Berlín y Dresde, donde frecuentó los principales talleres, particularmente el de Hanel, que le fué de gran provecho para fortalecer sus principios y gusto artístico.

Hoy es una de las eminencias del arte y su fama lo mismo se halla asegurada en Europa que en América, que posee sus principales obras monumentales, Shakespeare, Humboldt, Mosquera, Bolívar, admiradas en San Luis, en Colombia, en Cincinati, en Panamá y en otras capitales del Nuevo Mundo. Dueño, juntamente con su hermano, de una fundición de primer orden, establecida por su padre, es tan reputado industrial como egregio artista. Munich tiene en Miller un ciudadano que se ha batido con valor por su patria, un industrial notabilísimos y un escultor que sostiene en ambos continentes la fama de la escuela bávara.

SEGURA DE SÍ MISMA, cuadro de Weingartner

Está aguardando á alguno, es indudable. Ese *alguno* vendrá, la joven está perfectamente segura de ello, tan segura como lo está de sí misma.

El principal mérito de este cuadro corresponde á la expresión de su personaje único. Esa mujer es amada; no afirmaríamos del mismo modo que sea ella la amante del *alguno* á quien nos hemos referido. Cuando una joven está enamorada de veras, por mucho que sea su mérito, cualesquiera que sean sus prendas, no está tranquila, no está segura de sí misma, en el momento en que aguarda al objeto de su pasión. El semblante picaresco de esa mujer revela más talento que afecto, más cálculo que amor. Es un general que cuenta de antemano con la victoria.

El cuadro tiene algo de retrato; quizás lo sea. Si el original existe, como es probable, ¡ay de él!...

Es decir, ¡ay del que no está en el cuadro!...

LA PRIMERA LECCIÓN DE BAILE
cuadro de H. Schroder

Feliz en sumo grado ha estado el autor de este lienzo. Su argumento, llamémosle así, no puede ser más sencillo ni más simpático. En cuanto á su ejecución es un verdadero modelo de la difícil facilidad que así aquilata las obras literarias como las artísticas. La madre, profesora de su hija en el estudio de la danza, á la cual se daba en el siglo XVIII una importancia muy superior á la que le otorgamos en nuestros días, no puede adoptar el grave continente de un maestro de baile, título que infundía cierto carácter cómico-serio á su poseedor: antes bien no puede contener su hilaridad al considerar los adelantos de su tierna alumna. Esta se halla perfectamente imbuída de su papel, es una mujercita póstuma, trazada con habilidad y de un efecto seguro. La composición es sobria, como quiera que el autor ha querido concretar la atención exclusivamente sobre los dos únicos personajes que figuran en ella.

EL FANFARRÓN, cuadro de W. Lowith

¿Está inspirado este cuadro en una novela de Hans Hoffmann, ó por el contrario, la novela ha sido fruto de la contemplación del cuadro? Nos inclinamos á lo primero, por más que la importancia escasa del asunto podía hacerlo surgir espontáneamente en la imaginación del artista. Un joven, libre apenas del servicio de las armas, refiere sus proezas á cuatro ancianos, al parecer poco dispuestos á la credulidad. La figura del narrador no corresponde á las fanfarronadas que el autor del cuadro le atribuye: si miente, lo hace con pasmosa naturalidad y sangre fría poco común en los pretendidos héroes de homéricas hazañas. En cambio, los cuatro oyentes son un prodigio de naturalidad y de expresión. La desconfianza está pintada en su semblante; la sonrisa del escepticismo es, en sus labios, espejo de su incredulidad.

PLANTEL MILITAR, acuarela de Tapiró

Tapiró tiene formada hace tiempo su reputación. El cuadro que representa nuestro grabado confirma la opinión que su autor merece. Los tipos están bien tomados del natural, las actitudes son espontáneas, el conjunto agradable. Para apreciar debidamente esta obra sería indispensable examinarla animada por el color, vivificada por una luz espléndida del cielo africano, que vierte Tapiró en todas sus obras.

LO QUE CAMBIA LA MODA
cuadro de V. St. Lerche

En un bonito cuadro de género hace Lerche una delicada crítica de la sinrazón de la moda. Representa la escena una suntuosa estancia de regio palacio, en una de cuyas paredes es de ver el retrato de una aristocrática señora de allá por los tiempos de María de Médicis. ¡Qué contraste entre su traje y el de las damas que visitan ese palacio! ¡Qué diferencia en el talle, en el tocado, en la gorguera, en el tontillo!... Lo que el artista no resuelve es cuál de las dos exageraciones resulta más ridícula, problema planteado y no demostrado desde la primitiva hoja de parra.

El cuadro de Lerche expresa la idea del autor de una manera natural y nada exagerada. Sin embargo, no resulta neta; el espectador que desconozca el título de la obra, con dificultad descubrirá el propósito del artista. Lo mismo puede ser un epígrama que la escena más inofensiva del mundo, supongamos unos forasteros visitando el interior de una mansión regia. Esto no impide que el salón esté bien estudiado y detallado y que las figuras estén trazadas por mano evidentemente experta.

LAS HERMANAS, cuadro de A. de Kaulbach

Nobleza obliga. Llamarse Kaulbach, siendo pintor, es un verdadero compromiso. El autor de *Las Hermanas* lo ha salvado con talento. Dos preciosas niñas que contemplan con tristeza el oscuro horizonte... ¿Adivina su prematura inteligencia el lóbrego porvenir? Cualquiera las supondría abismadas pensando en los azares de la vida, que apenas se ha iniciado en ellas. Y sin embargo, esta profunda contemplación no borra, ni siquiera empalidece, los rasgos de su fisonomía infantil; nada quita á la ingenuidad de sus semblantes, nada á la candorosa expresión de su inocencia angelical. Kaulbach ha hecho más que un hermoso cuadro; sus dos hermanas son un estudio de maestro.

Ignoramos si el artista ha leído la interesante novela de Walter Scott titulada: *El Pirata*. Si así fuese, creeríamos que se ha propuesto reproducir á las interesantes Minna y Brenda en su infancia.

EL LEÓN DE LUCERNA, dibujo de J. M. Marqués

Raro es el artista que ha visitado Lucerna y no haya tomado siquiera apuntes de esta inmortal obra de Torwalsen, destinada á perpetuar la memoria de los suizos que en París dieron su vida por defender la de Luis XVI. El león, símbolo de la fuerza y de la nobleza, herido de muerte, expira, resguardando aún en su agonía el escudo flordelisado de Francia. La obra está esculpida en una peña, y la mala formación de esta, ayudada por la acción del tiempo y del agua, amenaza destruir un monumento que no puede ser más grandioso ni más comunicativo en medio de su poética sencillez.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA RECEPCIÓN DE LA FAVORITA
cuadro de Francisco Beda

Abderramán III, octavo califa ommiada de España, edificó á orillas del Guadalquivir, en honor á su favorita Azzahra (la floreciente) un palacio tan magnífico que no tuvo igual ni aun después de construída la famosa Alhambra. Trazaron y dirigieron la obra los más ilustres arquitectos orientales, y en ella se ocuparon, según tradición, diez mil operarios durante veinticinco años. Añádese que eran de ver en esa espléndida fábrica 4,300 columnas de mármoles de varios colores, traídos de todas las costas del Mediterráneo.

Terminóse en el año 996, y la favorita entró en aquella suntuosa morada que llevaba su nombre, siendo recibida por camareras y esclavas con gran pompa y obsequios, como á mujer que privaba en tan poderoso príncipe. Esta escena ha reproducido Beda, pintor triestino, con grandiosidad y buen gusto; si bien, falto hasta de restos del palacio, que fué destruído por los berberiscos á los 74 años de terminado, se ha inspirado en la arquitectura de la Alhambra, que se edificó nada menos que cuatro siglos después de la Azzahra. Esto no impide que el cuadro de Beda sea una obra maestra de costumbres orientales.

ESCAPARATES

Si levantaran cabeza nuestros antepasados y vieran los adelantos de nuestros días, volvían á «morirse» espontáneamente.

Al poco más ó menos, esto es lo que dice el vulgo y lo habrán oído ustedes repetidas veces.

Las instalaciones que vemos en los establecimientos comerciales, son de invención moderna.

En otro tiempo no usaban los comerciantes esos medios de propaganda.

En las muestras se leía:

«Géneros ultramarinos.—Comestibles.—Chocolate.—Aceite.—Velas.—Jabón,» y otras golosinas.

«Barbería.—Se afeita á real la pieza.—Se corta el pelo á real y se riza el mismo.»

En las puertas de los establecimientos de tintoreros, dos bandas de colores anunciaban la industria á los transeuntes.

Estas señales se conservan en Madrid.

En las muestras de las barberías, colgaban una bacía ó dos, y en algunas una navaja de madera: los instrumentos del martirio de los parroquianos.

Se anunciaba las tabernas colgando el ramo en la puerta.

Los escaparates son de invención moderna, como queda dicho.

Las calles céntricas en las capitales importantes, son exposiciones universales, en pequeño.

Los comerciantes al por menor exhiben en sus escaparates los mejores modelos, las mejores muestras ó los ejemplares de más valor que tienen en el establecimiento.

El escaparate es un anuncio ilustrado: sirve para excitar apetitos y dar á conocer al comprador lo que le conviene.

Algunos escaparates son tentaciones para transeuntes de bien.

Hay mujeres que no pueden resistir los encantos del escaparate de un establecimiento de sedería: un corte de vestido ó un abrigo de terciopelo infunden pensamientos muy tristes en algunas mujeres.

Las instalaciones de una joyería las deslumbran.

Para ellas son los brillantes y las perlas, especie de ortografía de la mujer: la que carece de esos signos, es mujer incorrecta.

El escaparate de un restaurant es un insulto á los hombres sobrios, no por naturaleza sino por «causas políticas.»

He sorprendido alguna vez diálogos conmovedores entre abonados á escaparate.

– ¿De quién será esa cabeza? – preguntaba, con voz de tenorino desfallecido, un caballero á otro, ambos procedentes de la estación anterior: es decir, vestidos como en verano en el mes de noviembre.

—¿De quién ha de ser? – dijo el interpelado—del dueño de la casa.

– Yo creía que era retrato de algún personaje extranjero importante.

– Es una cabeza de jabalí. ¡Hermosa pieza!

– No he tenido el gusto de tratar á alguno.

– Lenguas extranjeras.

– ¡Qué felices serán los jóvenes de lenguas!

– ¡Codornices con corsé! ¡Un pavo en jarras!

– Siempre me han repugnado los pavos...

– ¿Por qué?

– No he podido comer pavo en mi vida: son odios de raza.

Alguna vez he oído un nene que decía á su padre, pasando junto al escaparate de Lhardy:

—¡Mira qué cosas tan buenas!

Y el padre replicó:

– Vanidades, nada más: donde están los garbanzos, no hay faisán que se les iguale.

Los escaparates de las casas de cambio son insultos á la pobreza honrada.

Allí hay billetes de todos los bancos extranjeros y nacionales, monedas de oro de todos los países.

Parece que aquel muestrario incita al vecino pacífico á tomar lo que guste.

He visto á más de un transeunte detenido por la atracción del escaparate de una casa de cambio; era sin duda algún aficionado á numismática. Contemplando aquel capital desperdigado, murmuraba:

– ¿Cuánto pedirán por todo eso? Si lo arreglaran, tomaría mil duros en billetes.

Esas pirámides de boquerones y esas torres de pájaros fritos que exhiben algunos taberneros en los escaparates de su respectivo establecimiento; esas gallinas asadas que parecen bailarinas en mallas en el *Excelsior;* esos cortes de chaleco de cabrito y cordero; esos conejos en salsa y en urna cineraria de Alcorcón, ó sea en cazuela; todos esos son poderosos aperitivos para los caballeros que tienen hambre y sed, y no de justicia.

Pero las instalaciones más sorprendentes para el observador son las de las empresas de servicios fúnebres.

La muerte ha sido siempre considerada con respeto, y parece que cuanto no sea seriedad y modestia, es irrespetuoso.

Hoy se disputan las diferentes empresas el premio artístico de la populachería, en sus escaparates.

He oído asegurar que en París se estima casi tanto como á Dumas y Sardou, á los autores de escaparate: el ciudadano dependiente de comercio á quien sopla la musa de los escaparates, se ve solicitado y mimado por los dueños de los establecimientos.

Parecerá obra fácil á los profanos la de disponer y colocar los objetos en un escaparate.

Pero, según me han asegurado algunos comerciantes, es empresa que requiere cierta intuición y conocimientos de estética al por menor.

Las instalaciones de artículos fúnebres, exigen además alguna fantasía.

Así es que he visto escaparates que recordaban algún

LA RECEPCIÓN DE LA FAVORITA, CUADRO DE FRANCISCO BEDA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

SEGURA DE SÍ MISMA, cuadro de Weingartner

cuadro de *don Juan Tenorio;* otros sobre motivos de *Roberto il diavolo;* y varios *La canción de la Lola.*

En las personas no artistas produce mal efecto ese lujo de féretros de todos tamaños, de angelitos y lámparas, y otros artículos *ad hoc.*

En uno de esos establecimientos he visto una combinación de ataúdes, colocados en pirámide: sirve de base un ataúd para gigante que está creciendo y de cúspide una cajita para borrador de feto.

Un padre de familia, beodo, decía así á los miembros de ella:

—Mira, ese grande, para el casero; ya ves si puede estar desahogado; ese otro para tí; el otro para tu madre; el otro para mi cuñada, y así sucesivamente.

—¿Y para tí? – le preguntó la que hacía de esposa, y tal vez lo fuera.

– Para mí el de arriba, – respondió el padre perturbado – y si no puedo caber dentro que me lleven en brazos.

A mí me parecen irreverentes esas exhibiciones de artículos mortuorios.

Y ha llegado á tal punto el lujo en esos establecimientos que alguno de ellos más parece confitería que almacen de «efectos fúnebres,» como los denominan algunas personas.

Pasando por delante de uno de esos escaparates se siente como deseo de decir á la novia:

– ¿Quieres tomar algo?

EDUARDO DE PALACIO

HISTORIA DE UN HOMBRE

contada por su esqueleto

POR D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(*Continuación*)

Para contrarrestarlos, para volverlos á sus bravías guaridas, se formaron milicias de voluntarios, y entre ellos tomó las armas, levantando una compañía á su costa, don Angel de Lemus, joven y rico comerciante de México.

Lemus, en cuanto tuvo equipada su compañía partió contra los indios sediento de su sangre.

Lemus era español, descendiente de uno de aquellos terribles aventureros que fueron á la conquista, y que se establecieron después en el imperio conquistado.

Su altivez por su noble ascendencia española y por sus riquezas, era insoportable. – Mírele V. bien, Sandoval, – dijo Clara interrumpiéndose y señalando el retrato puesto sobre la chimenea. – ¿Qué ve usted en ese hombre?

—Al fin, señora, la ha servido á V. de padre durante los primeros años de su vida, la arrancó á usted...

—De las montañas de los míos, donde salvaje y todo, acaso hubiera sido feliz,—dijo tomando un nuevo sorbo de ron Clara.

—Después fué su esposo de V., el padre de su hija.

—No importa, no importa; dígame V. la impresión que le causa el retrato de Lemus: debo advertir á V. que es exactísimo, que sólo le falta, como se dice vulgarmente, hablar. Así era á los veinticinco años, cabalmente cuando partió sediento de venganza contra los salvajes de la Sierra Madre.

—Pues bien, señora, ya que V. quiere que la hable con franqueza, la impresión que ese retrato me causa es de repulsión.

—Hay que tener en cuenta que ese retrato, y este otro, el del medallón, se hicieron en un momento en que Lemus estaba agitado por una de las pasiones más terribles, por la venganza: los bárbaros habían incendiado su hacienda de Santa María, y su hermana doña Inés, preciosa joven de quince años que se encontraba en ella, había desaparecido.

—¡Ah!

—Y entonces, cuando iba á vengarla, cuando no sabía si perecería también en su empresa, fué cuando se hizo hacer esos dos retratos para dejar un recuerdo en ellos á su padre y á su tía. He ahí el misterio de esa frente ceñuda, tras la cual parecen revolverse sombríos pensamientos; de ese severo entrecejo fruncido, de esa mirada penetrante y cruel y de la sonrisa acerada y fría de esos labios delgados y comprimidos.

—¡Ah! con esa aclaración...

—Lemus no era generalmente así. Cuando estaba tranquilo, lo que sucedía raras veces; cuando hablaba con su madre ó con su tía ó conmigo, era un hombre simpático, dulce, casi hermoso.

—¡Ah! ¡V. le amaba! ¡aun le ama!—exclamó Sandoval con acento melodramático.

—No he amado nunca... nunca hasta ahora,—dijo Clara.

Y reclinó la cabeza sobre su pecho, y durante algún tiempo guardó silencio.

Sandoval la miraba enamorado.

—Decía que Lemus había partido hacia la Sierra Madre; pues bien, dos meses después volvió: había penetrado en las guaridas de los indios, había degollado, saqueado, incendiado selvas enteras, no había encontrado á su hermana; pero traía dos cosas: una presa inmensa de perlas, y una india de dos años. Aquella india era yo.

—Bendiga Dios á Lemus, que rescató de entre los salvajes tal tesoro,—dijo Sandoval.

– Perdónele Dios, – repuso Clara. – Entre las perlas venían como cien negras, riquísimas. Son esas que constituyen ese aderezo. Lemus hizo montarlas, poner en un medallón, orlado de ellas, su retrato, y dijo á su madre: «Este será el dote de Clara.» Al poner en aquel dote su retrato, Lemus había sido profeta; porque yo debía ser su esposa.

Se detuvo de nuevo Clara.

—Lemus hizo que se me bautizase, y encargó á su madre y á su tía de mi crianza.

Durante doce años viví ignorando mi origen; yo no había salido de la hacienda de Santa María; y aunque me oía llamar india por los trabajadores de la hacienda, nada sospechaba: me creía de la familia, llamaba padre á Lemus... pero... un día... su tía y su madre habían muerto; yo tenía ya trece años: estaba tan formada como ahora: dirigía las haciendas domésticas, y... hacía ya algún tiempo que Lemus me miraba de una manera extraña.

—¿Se había enamorado de usted?

—Yo no podía comprenderlo. Evitaba quedarse á solas conmigo, y si alguna vez estábamos solos, me miraba con insistencia, su mirada brillaba, se ponía pálido y huía.

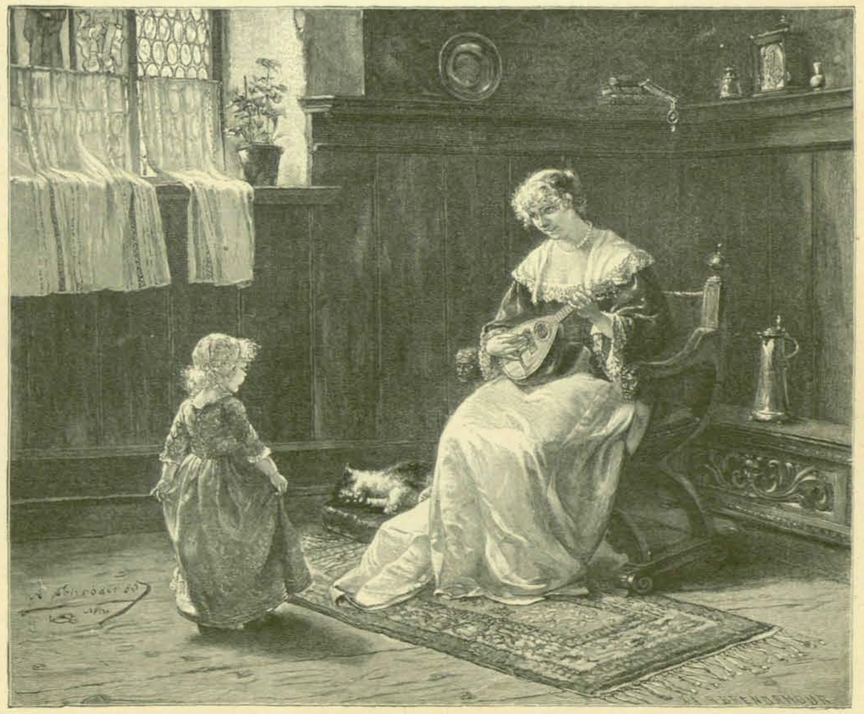
Yo no sabía á qué atribuir esta extraña conducta de Lemus, su taciturnidad, su expresión de sufrimiento, cuan- y permado me tenía á su lado.

Así pasó un año, y yo cumplí catorce.

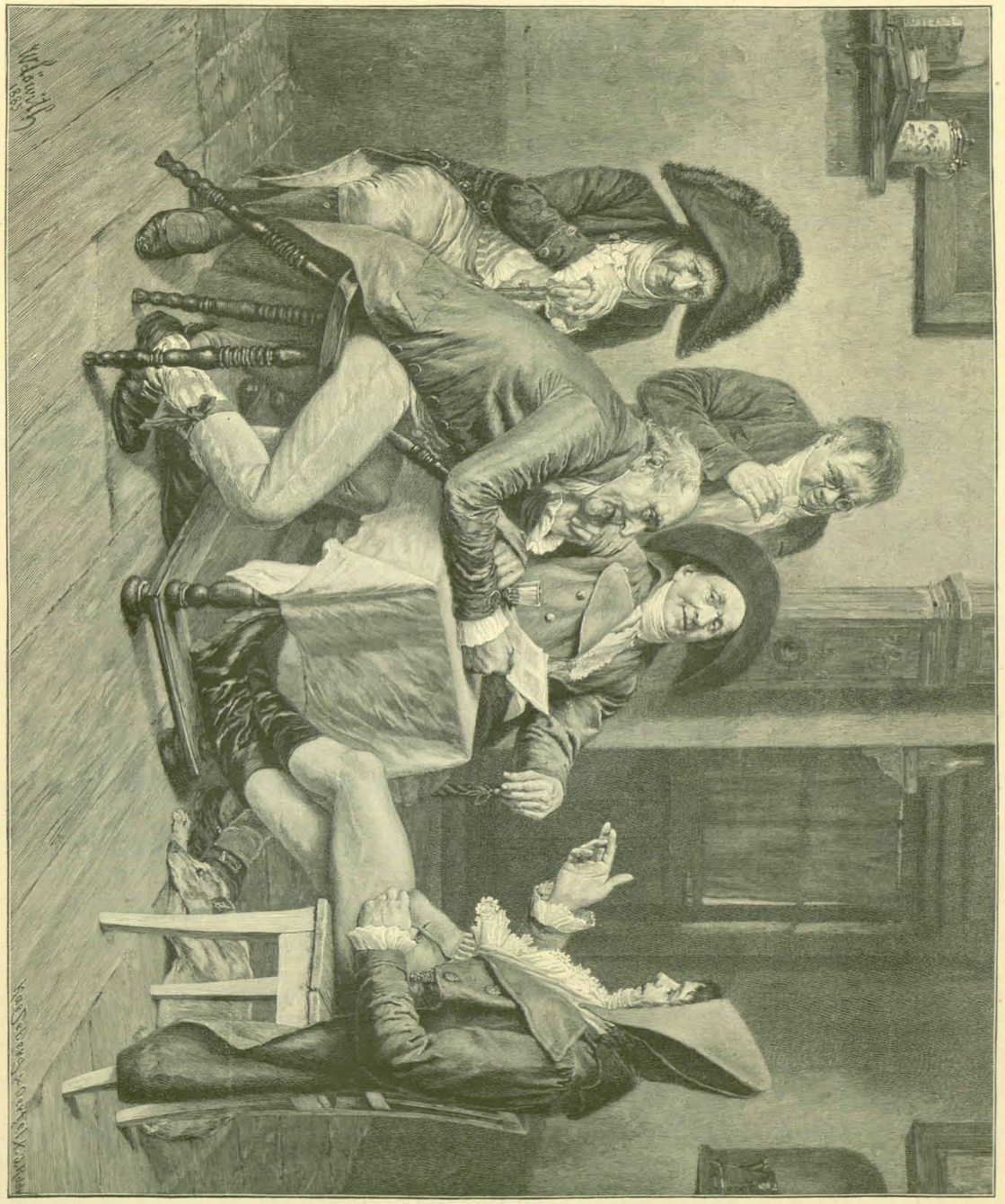
Lemus había pasado la mayor parte de aquel año apartado de la hacienda, viniendo á ella de tarde en tarde, y permaneciendo muy pocos días.

Y cada vez me miraba de una manera más ansiosa.

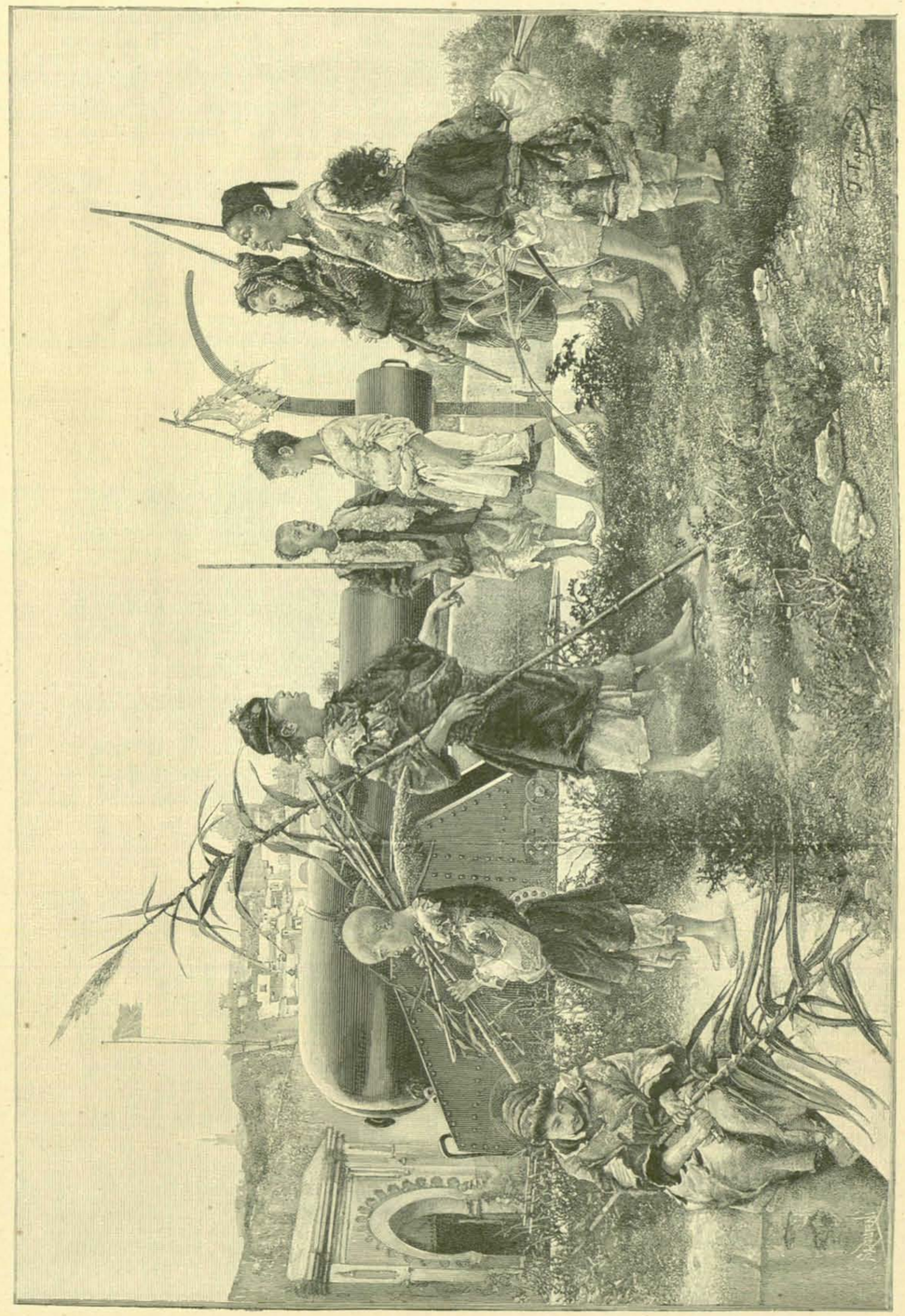
En mí empezaba á despertarse ese sentimiento vago,



LA PRIMERA LECCIÓN DE BAILE, cuadro de H. Schroder



EL FANFARRÓN, cuadro de W. Lowith



PLANTEL MILITAR, escena de costumbres marroquíes, copia de una acuarela de J. Tapiró

esa melancolía ardiente, esa distracción profunda, esa gravedad melancólica, que es la primera señal del amor sin objeto, ignorado, incomprendido, de las niñas.

Pasaba largo espacio de la noche bajo los bambúes en el gran patio de la hacienda, mirando la luna y soñando despierta no sé qué.

Una noche... era ya tarde... estaba yo profundamente distraída: nada se escuchaba, más que el leve zumbido del viento que agitaba á largos intervalos las hojas de los plátanos y de los bambúes, y el lejano canto del insonte: todos estaban recogidos menos la esclava destinada á mi servicio particular, que estaba sentada á poca distancia mía en el suelo.

De repente, un grito agudo de la esclava me hizo volver de mi distracción, y al volver en mí sentí que caía una carta sobre mi falda.

Me levanté, y ví á María, á la esclava, con los brazos extendidos hacia la estacada, que separaba al patio del campo y exclamando aterrada:

– ¡Un indio! ¡un indio!

En efecto, miré hacia el lugar indicado por María, y ví saltar una sombra por cima de la estacada, oí un grito salvaje, y luego nada.

Recogí el papel y me entré asustada en la casa.

Los hombres, alarmados por María, salieron armados de carabinas.

Entre tanto y encerrada en mi aposento, leía la carta que el salvaje, sin duda, me había dejado.

Aquella carta decía:

«El extranjero de rostro pálido, no es el padre de la virgen de los valles. El extranjero ama á la doncella roja... la ama, pero la virgen de los valles morirá si ama al extranjero.»

Por bajo de estas breves palabras se leía un nombre que no he podido olvidar, «Miantucatuc.»

– ¡El nombre de algún jefe indio!

– ¿Quién sabe?

– ¿Y qué hizo usted?

– Esperar con impaciencia á que volviese á la hacienda Lemus. No tuve que esperar mucho, porque al día siguiente al amanecer llegó.

– Tengo que hablar á V., – le dije, – de un gravísimo asunto.

– ¡De un asunto grave! – me contestó poniéndose pálido Lemus.

– Sí, sí señor.

– Veamos, ven conmigo.

Y me llevó á su cuarto, cuya puerta cerró.

– ¿Qué asunto tan grave es ese? – dijo cuando nos quedamos solos.

Entonces le mostré la carta que me había dejado el indio y le referí mi aventura.

– ¡Miantucatuc! – exclamó sombríamente Lemus: – ¡Miantucatuc te prohibe amarme! ¡te amenaza!

– Sin embargo, padre mío, yo amo á usted.

– ¡Ya sabes que no soy tu padre!

– Pero ¿es eso verdad?

– ¿No has pensado nunca en que nuestro color es diferente?

– No, no señor.

– Pues bien, esta carta dice la verdad: no eres mi hija.

– Pues ¿de quién soy hija? – exclamé.

Entonces me contó su expedición á la Sierra Madre en busca de su hermana, y que los indios me habían dejado abandonada en su cabaña en el centro de una selva.

Luego añadió:

– Clara, yo creía ser siempre para tí un padre... pero...

Lemus se detuvo.

Yo callaba: no sabía, no conocía la causa de su turbación.

– Te amo con toda mi alma, – dijo al fin.

– Y yo... yo también le amo á usted.

– Pero yo te amo de otro modo... ¡oh! te amo como se ama á la vida... yo necesito para vivir que seas mi esposa.

Yo era inocente: yo no conocía la vida, y así las manos de Lemus.

– Pues bien, – le dije, – yo quiero lo que V. quiera.

– ¿No amas á nadie, Clara? – me dijo con ansiedad.

– A V., á V. solo.

Entonces Lemus me abrazó sollozando y me dió un beso en la boca.

Hacía mucho tiempo, desde que empecé á ser una mujercita, que Lemus no me abrazaba.

Aquel primer beso de amor de Lemus me causó una sensación dolorosa, indefinible: mi alma se encogió.

Yo sólo le amaba como á padre... como amante...

Yo entonces ni aun comprendía lo que era un amante.

Lemus fué á los cofres que había traído de México, y que aun estaban esparcidos por la estancia y los abrió y sacó de ellos ropas riquísimas y magníficos trajes.

– Estas son tus galas de boda, – me dijo, – había venido resuelto á proponerte que fueras mi esposa...estamos de acuerdo, y sólo faltan las formalidades legales y la ceremonia religiosa. Te amo demasiado para retardar mi dicha. Esta misma tarde marcharemos á México.

– Yo no comprendía en qué podía fundar su dicha Lemus.

Tres días después lo comprendí.

Tres días después era mujer de Lemus.

Entonces comprendí lo que era amor... lo que era el amor del hombre... En cuanto á mí... al perder mi inocencia perdí mi esperanza. Yo había consumado á ciegas, por ignorancia, un horrible sacrificio. Podía amar como padre á Lemus, como marido me repugnaba.

– ¿Y no amó V. á otro?

– No, Sandoval, no: ¿cómo he de decir á V. que V. es el primer hombre á quien amo?

– ¿Es decir que yo soy el hombre afortunado que obtengo la virginidad del amor de V.?

– No sé aún si V. le aceptará: aun no he concluído.

– Perdone V., señora: la escucho á V. por cortesanía; si la escucho con interés, es porque me refiere V. su historia; pero para unirme á V. indisolublemente, nada necesito saber... ¿no cree V. que la amo?

– Lo creeré si después que haya concluído, me repite usted la expresión de su amor.

– ¿Con que es necesario...?

– Sí, es necesario de todo punto que V. me escuche. Póngame V. más ron.

Sandoval llenó de nuevo, y con cierta alegría de mal género, la copa de Clara.

Esta continuó:

– Yo no podía ser feliz: pero me guardé muy bien de nublar la felicidad de Lemus, mostrándome desgraciada.

Y era mi situación horrible.

El amor constituye casi por completo la vida de la mujer.

Para las mujeres de corazón el amor es todo.

Mi alma estaba replegada en sí misma, fría, como sepultada en una tumba.

Habíame, sin embargo, resignado.

Había aceptado mi suerte.

Pero sufría ese martirio lento, continuo; esa hambre desconsoladora del corazón.

Y sonreía, sin embargo, á Lemus, porque no tenía la culpa de mi desgracia; porque la había causado involuntariamente, porque creyéndome feliz, lo era él, y ¿para qué habíamos de ser los dos desgraciados? Bastaba con que yo lo fuese.

Entonces comprendí cuánta puede ser la fuerza del alma de una mujer.

Cuántos recursos tiene en sí misma, para parecer lo más feo del mundo cuando en realidad es lo más desgraciado.

Lemus gozaba de una felicidad envidiable.

– Dios le había dado un ángel, – dijo Sandoval.

– Dios le había dado una mujer de buen corazón.

Clara guardó un momento silencio.

Luego tomó un nuevo sorbo de rón y continuó:

– Pasemos, pasemos rápidamente por las primeras situaciones de mi casamiento con Lemus. Era rico, me amaba, prevenía todos mis deseos, y yo lo tenía todo, menos un corazón que se hiciese comprensible al mío.

Pero Dios tuvo compasión de mí y me envió un amor infinito, puro, el amor de un ángel.

Dios quiso que fuese, sin voluntad, madre, como había querido que sin voluntad fuese esposa.

Antes de cumplirse el primer año de mi matrimonio, cuando aun no tenía quince, dí á luz á mi hija, á mi pobre perdida Isabel.

Clara no tomó ya entonces un sorbo de rón, sino que apuró la copa.

– Póngame V. más, Sandoval: – dijo con la voz ligeramente enronquecida. – Necesito olvidar, quiero olvidar, y luego tengo frío, un frío extraño, un frío que me aterra.

Sandoval llenó la copa de Clara, y removió la chimenea.

– No, no, es inútil; para templar este extraño frío, no hay fuego que baste: es como si tuviera muerto el corazón.

– ¡Muerto un corazón que ama, un corazón que da á los hermosísimos ojos de V. un brillo sobrenatural, divino; una expresión de gloria!

– ¡De veras! le parezco á V. muy hermosa, ¿no es verdad?

Y Clara se inclinó hacia Sandoval, y le dejó ver su semblante pálido, estremecido por una convulsión casi imperceptible, pero persistente, poderosa; brillaban sus ojos dejando ver un no sé qué luminoso, profundo en su foco; su boca entreabierta y húmeda, parecía anhelar algo que calmase su sed de amor; su delicioso seno se alzaba y se deprimía, se hinchaba su magnífica garganta; su mano que sosfenía la copa temblaba.

De repente apuró de una vez aquella copa, la dejó en un movimiento nervioso sobre la bandeja, y luego se echó sobre el respaldo del sillón, y fijó en Sandoval una mirada indescribible, cuya fuerza aumentaba la sombra de sus largas y negras pestañas entreabiertas.

Sandoval sintió un vértigo y se atrevió á tomar con pasión una mano á Clara.

Aquella mano estaba fría como la de un cadáver.

Al sentir el contacto ardiente de la mano de Sandoval, Clara se estremeció toda, retiró bruscamente su mano, se levantó de su posición abandonada, y abriendo los ojos dejó ver un relámpago de fuego á Sandoval.

Este empezaba á impresionarse de una manera extraña.

Empezaba á sentir frío.

– Oiga V., – dijo Clara.

Y después de un momento de silencio, añadió:

– ¿Qué decía á V.?

– Me decía V., señora, que al ser madre había V. sido feliz.

– No, yo no pude haber dicho eso, al ser madre fuí más desgraciada.

– ¡Cómo! ¿le inspiraba á V. antipatía su hija sólo por ser hija de Lemus?

– Tampoco he dicho eso. Yo adoraba á mi Isabel. Isabel llenaba en mi corazón todo el lugar reservado en él al amor de madre: pero el otro vacío... se aumentó...se aumentó: Lemus para mi corazón no era el padre adorado de aquella niña.

– ¡Ah!

– Fuí, pues, más desdichada que antes de ser madre; mi corazón estaba en desequilibrio, su dolor había crecido.

Y sin embargo, sonreía á Lemus como una mujer enamorada.

Le hacía dichoso.

¡Oh! no crea V. á las mujeres, Sandoval.

El frío de Sandoval creció.

– Un día, – continuó Clara con voz ronca, – llegó á la hacienda de Santa María un hombre.

Lemus estaba en México.

El hombre que acababa de llegar llevaba un poncho, un sombrero de palma y una carabina.

Era joven y hermoso.

Se acercó lentamente, se apoyó en el marco de la puerta de la empalizada, por la cual iba yo á salir á la hacienda, y me dijo posando en mí la tranquila mirada de sus grandes ojos negros:

– Contenga V. á esos perros, señora, y tenga V. la caridad de mandarme dar agua y pan.

Aquel hombre estaba muy pálido y la parecer enfermo.

Su poncho estaba deshilachado, su sombrero pasado por el sol, sus botines rotos. Su traje era de mendigo, pero su aspecto altivo, y su palabra digna y grave.

– ¿Es V. español? – le dije.

(Continuará)

QUÍMICA DEL CIELO

ANÁLISIS DE UN COMETA

No hay, en verdad, descubrimiento ni más útil, ni más sorprendente que el análisis espectral, considerado, de una parte, en la sencillez misma del procedimiento y de otra en razón de las maravillas y descubrimientos realizados por su adecuado empleo. Entre ellos hay dos que revisten extraordinaria importancia, en cuanto uno á otro se completan y en cuanto agrandan notablemente el campo de las investigaciones experimentales, creando una ciencia nueva, no distinta, en lo tocante á sus principios, de la ciencia conocida, pero sí muy diferente, por el género especial de los objetos sobre los cuales se dirigen sus experimentos y por el mismo fin que anhelante persigue. Refiérome, en primer término, á las investigaciones relativas á los metales nuevos, y, en segundo término, al análisis y estudio espectroscópico de los cuerpos celestes, asunto del presente artículo. En punto á este último, conviene á mi propósito advertir que el estudio físico de los planetas, nebulosas y estrellas reconoce actualmente, como base y fundamento, el método espectroscópico, porque consiente determinar elementos componentes, en estados particulares, por los que algo puede inferirse acerca del origen y naturaleza de las acciones que en los astros notamos, tales como el calor y la luz que emiten, propia ó reflejada.

Cuanto se agrandan, de esta suerte, los dominios de una ciencia, no hay para qué decirlo. Desde que el físico alemán Kirchhoff descubrió los procedimientos simplicísimos, en cuya virtud llégase á reconocer la composición química de los astros, con la misma seguridad que la de cualquiera cuerpo de la Tierra que se somete á operaciones químicas en los laboratorios, la parte física de la Astronomía no se limitó á determinar, en los cielos, las leyes generales de la dinámica, sino que, investigando los elementos constitutivos de los astros, remóntase hasta demostrar que se hallan formados de elementos idénticos á los encontrados en nuestro planeta. Y hay todavía otra singularidad en los resultados obtenidos y es que consienten decir el estado particular de los cuerpos en el astro que se examina y decirlo con un grado de certeza que supera á toda ponderación. La maravilla realízase sin la menor hipótesis demostrándose, en ella, todo el valor y eficacia del procedimiento experimental y lo fecundo de los descubrimientos científicos, que llevan siempre en sí, aun los más abstractos, algo como el germen de numerosas aplicaciones prácticas, útiles é importantes, no sólo en lo que al carácter de la misma ciencia se refiere, sino también en lo que á la satisfacción de las necesidades humanas atañe, en cuyo punto, viendo los adelantos realizados en todo género de artes é industrias, nadie podrá dudar del influjo inmenso de los descubrimientos en el progreso en todos los órdenes de la vida.

Tiene sus fundamentos la *Química del Cielo* en varios fenómenos debidos á la luz, por la que revélase, precisamente, la composición de los astros; así ellos mismos, al enviarnos la más notable manifestación de las acciones físicas que en su seno cúmplense, lo hacen trasmitiendo señales y signos que sirven para reconocerlos, de igual suerte que las cifras y emblemas de las armas denuncian su procedencia. Un rayo de luz, modificado y estudiado en regla, es suficiente para revelar la naturaleza del foco que lo produce. Al paleontólogo bástale reconocer algunos restos fósiles para construir entero el animal á que pertenecen; con fragmentos de objetos, pedazos y detalles arquitectónicos, resucita el arqueólogo una época lejana y no precisa el sabio, versado en filología, sino algunas palabras, restos de muerto idioma, y por virtud de su ciencia lo constituye, lo forma y crea de nuevo y resiste toda crítica, adquiriendo, á cada paso, nuevo apoyo, que hace nacer la certidumbre. De igual suerte, bastan al físico las señales que deja la luz al descomponerse para consignar la naturaleza del astro que gira en el universo infinito, las sustancias contenidas en la nebulosa apenas visible y que tardará millares de siglos en resolverse, los elementos químicos que componen el núcleo y la cola del errante cometa, perdido allá en las inmensidades del cielo, la carencia de atmósfera en la luna y el estado de gas incandescente de cuantos metales contiene la cubierta exterior del Sol. Bandas oscuras interpuestas entre los colores producidos por la luz que se descompone, brillantes rayas, de colores diversos, que interrumpen, siempre coloreadas en los mismos puntos, la negrura y oscuridad de la franja que determinadas rayos luminosos presentan al desdoblarse, son todo el medio de que el físico y el químico y el astrónomo se valen en el análisis de los diferentes astros.

LO QUE CAMBIA LA MODA, cuadro de V. St. Lerche

Sábese, desde que el gran Newton hubo realizado el experimento, que todo rayo de luz blanca se descompone y desdobla en distintas actividades, al atravesar un prisma, formando así el llamado espectro luminoso, en el cual residen propiedades y caracteres especiales, hoy bien conocidos y determinados. Fijándonos sólo en lo que á la luz respecta y tomando, como ejemplo, un rayo de Sol, pronto se advierte que se halla compuesto de siete grupos de radiaciones, dotado, cada uno, de un matiz distinto, formando los siete aquel hermoso iris que se ve dibujado sobre el color plomizo de las nubes, en los días lluviosos, y produciendo unidos la luz blanca. La diferente refrangibilidad de sus distintos rayos es causa de que se descomponga y de que pueda hacerse un análisis completo, separando las diversas suertes de actividades; que es un rayo de Sol resultante de muchas fuerzas, unidas, y enlazadas por vínculos estrechos, y una vez rotos, aíslanse con manifestaciones distintas y mientras los movimientos menos rápidos producen sonido y elevación de temperatura, tradúcense los más veloces por colores y acción química.

Desde luego se comprende que la luz, emitida por cualquiera cuerpo, ha de tener algunas relaciones con su naturaleza íntima y estado particular de agregación de los elementos que lo constituyen; en tal sentido, cada metal, por ejemplo, ha de caracterizarse por ciertas condiciones de la luz que produzca y los cuerpos, según sean sólidos, líquidos ó gaseosos, darán luz particular, dependiente de su estado. En el primer caso se funda el método analítico de las coloraciones de las llamas, signo perfectamente claro para determinar la presencia de muchos metales. Nadie ignora que el ácido bórico colora la llama del alcohol en verde, el sodio en amarillo, el potasio en violeta y el estroncio en rojo púrpura, por todo lo que, teniendo una tabla ó lista, en la cual se indiquen las coloraciones de los diferentes cuerpos, es cosa fácil dar con ellos, al menos con los más notables, en todo problema de análisis. En el segundo caso fúndase el procedimiento espectroscópico, ya se aplique al examen de las materias encontradas en la tierra, ya se indague la naturaleza y composición de los astros. Igual es el principio para ambos problemas y sólo cambian los pormenores experimentales. Los minerales hallados en nuestro planeta y los que se determinan en un cometa se encuentran por el examen ordenado de los espectros y poco importa que la luz sea producida por la combustión del gas en los laboratorios ó venga de millones de kilómetros; todo se reduce á descomponerla con un prisma de cristal y á examinar luego los productos del desdoblamiento, ni más ni menos que el químico examina las sustancias obtenidas después de las reacciones provocadas por el agente de metamorfosis que los métodos convenientes aconsejan.

Se hace preciso tener en cuenta los resultados que son consecuencia del examen detenido del espectro luminoso del Sol. No lo forma una faja continua de siete colores desigualmente intensos; si no hay entre ellos límites definidos ni separaciones muy marcadas, tampoco son, considerados aisladamente, radiaciones puras, porque Fraünhofer y Wollastón observaron rayas ó bandas oscuras, como si la radiación coloreada se interrumpiera un punto y continuase después con el mismo color que antes de la raya oscura tenía. Este hecho, tan sencillo y de insignificante apariencia, dió origen á la *Química del cielo*. Primeramente advirtióse que la posición de las citadas rayas, lejos de ser accidental y caprichosa, era fija y definida, al menos para el mayor número, señalándose, al punto, el lugar de las principales. Luego hizo la observación señalar categorías; pues vióse que la intensidad de las rayas variaba, que unas eran sencillas y otras componíanse de dos ó mayor número de bandas más finas y tenues. Con esto pudieron aventurarse ciertas indicaciones, que fueron á modo de anuncio y preliminar de los métodos actuales, en sentido de que podían conocerse los diferentes espectros luminosos por las rayas negras, fijas é invariables.

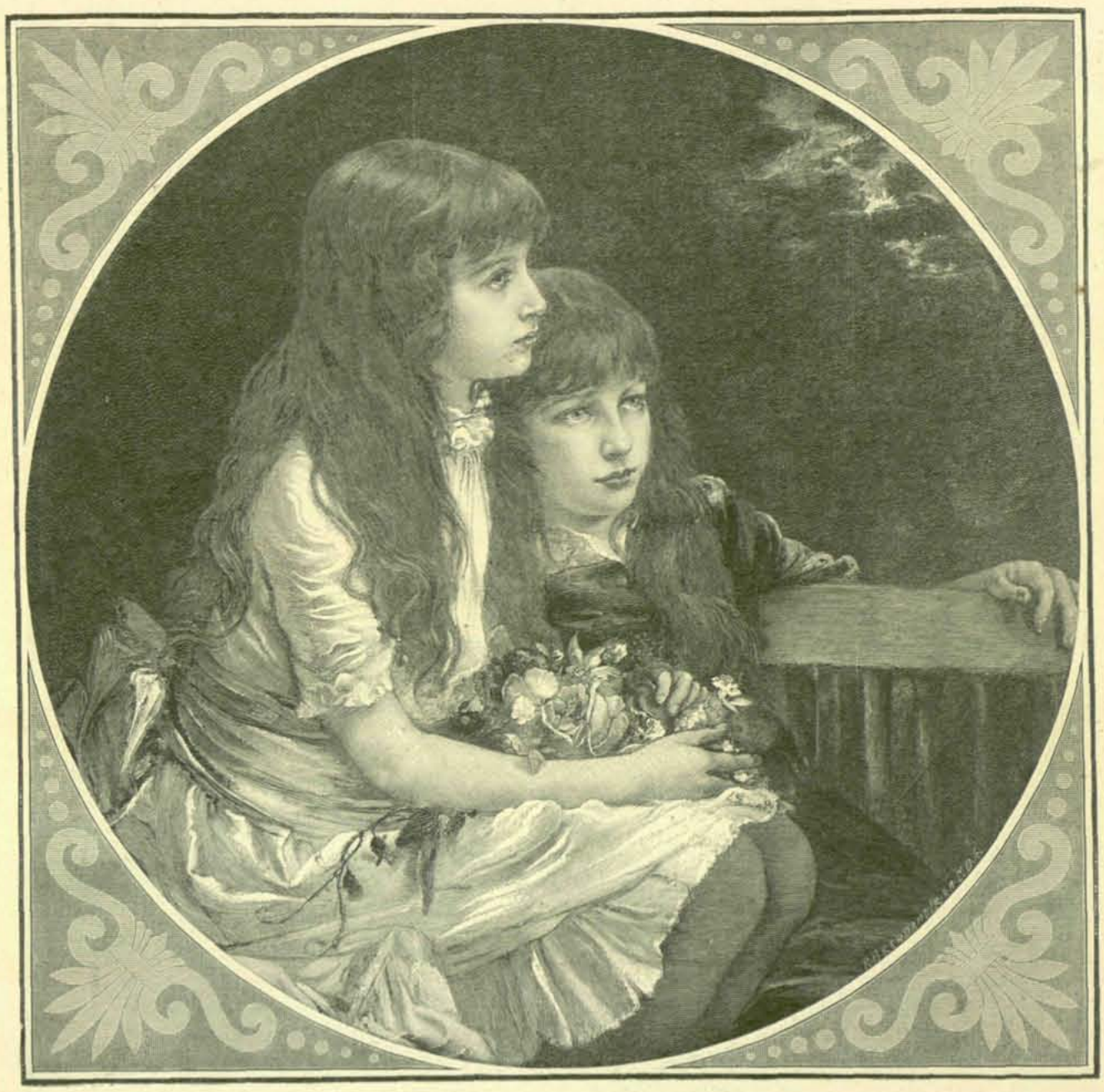
Nada se sabía ni sospechaba, sin embargo, acerca de su causa y origen; túvose por condición especial de las radiaciones y más se cuidaron los sabios de contar y señalar muchas rayas, que se ocuparon en investigar su procedencia. Así á Bunsen y Kirchhoff corresponde entera la gloria del invento del análisis espectral, fundado en el hecho de ser las bandas características de los metales y en el fenómeno de los espectros de absorción que presentan, sobre una banda negra, rayas diversamente coloradas, según la naturaleza del foco de luz. Para entender el método, por ser preciso, si han de explicarse sus resultados, en lo referente á consignar la composición química de los cometas, es necesario poner atención en las ligeras indicaciones que siguen y han de ser brevísimas.

Originase la luz por incandescencia de sólidos, combustión de los mismos y de los líquidos é incandescencia de gases y vapores y los rayos luminosos, como atraviesan atmósferas de naturaleza variada, modifícanse de manera análoga á la que el poder absorbente del vapor de agua modifica los rayos térmicos del Sol, disminuyendo notablemente su intensidad calorífica. Ahora bien, observando atentamente los diferentes espectros, producidos por luces provenientes de focos distintos, pueden establecerse tres categorías principales, á saber: espectros continuos, coloreados y sin rayas, siempre originados por rayos emanados de cuerpos sólidos incandescentes; espectros luminosos, con rayas oscuras, procedentes de la combustión de gases ó incandescencia de los mismos, advirtiéndose que las rayas son peculiares de cada gas; y, por último, espectros oscuros con rayas brillantes que ocupan, para determinado cuerpo, la posición que tenían las bandas negras en el caso del espectro luminoso. Cabalmente en semejante fenómeno hubieron de fijarse Kirchhoff y Bunsen y la explicación que dieron de él constituye el primer principio del análisis espectral. Debe advertirse que las rayas son características de los metales y en tal sentido, si le han producido por el vapor de sodio, el espectro ofrece una doble banda oscura que lo caracteriza perfectamente, suponiendo que la luz del sodio atraviesa una atmósfera en la que resida vapor de este metal, porque, descomponiéndola directamente, el espectro es oscuro con dos rayas amarillas que ocupan exactamente la posición y lugar que antes tenía la doble franja oscura. Es decir, que los gases absorben el mismo color que emiten y, de esta suerte, habiendo reconocido la posición, número y lugar de las bandas de un espectro luminoso, al punto sabremos, no solo el estado de la sustancia productora de luz, sino también sus elementos componentes. Recogiendo la luz de los diferentes astros, de los cometas y nebulosas y analizando su espectro, puede consignarse su composición. La del Sol escrita se hallaba en su espectro, que comparado con el de los metales de la tierra dió por resultado hallarse muchos de ellos en el gran luminar, sin que en él hállense sustancias distintas de las encontradas en nuestro planeta.

Pronto han de aparecer sobre nuestro horizonte dos cometas y paréceme oportuno presentar á modo de ejemplo y como muestra de la eficacia del procedimiento los análisis químicos del cometa de 1881, practicados por el sabio astrónomo M. Huggins. Su espectro era continuo con algunas rayas negras características y otras de las indicadas por Fraünhofer, procedentes de aquella parte que recibe su luz del Sol. Había en el espectro del cometa dos grupos de rayas brillantes, uno semejante al del espectro de los compuestos de carbono y el otro, de menor intensidad, en la parte menos refrangible, que pertenece, de igual suerte, al espectro continuo del carbono. Dewar y Liveing demostraron que es condición indispensable, para que tales grupos aparezcan, la presencia del cianógeno, porque sólo habiendo este cuerpo es dable la formación de semejantes bandas. De todo lo cual se infiere que en el hermoso cometa de 1881, acusaban la presencia del carbono, del hidrógeno y del nitrógeno, comprobada con los cometas de 1866 y 1867; es decir, que aquellos elementos, que representan importantísimo papel en la constitución de los seres, forman parte de esos astros errantes, que describen órbitas inmensas y aparecen, de tarde en tarde, á nuestra vista, compuestos de un núcleo más luminoso y de una cola que semeja derivación suya.

Todavía no paran aquí los resultados maravillosos del análisis del cometa de 1881. El espectro de su luz propia es en todo semejante y presenta iguales bandas que los espectros del acetileno y del ácido cianhídrico,

cuerpos ambos que se estudian en la Química y cuya formación explícase, sin gran esfuerzo, con sólo tener presentes las leyes generales de la síntesis orgánica. Los dos resultan de la unión de hidrógeno y carbono; el primero es un hidrocarburo de los más sencillos y mejor conocidos, la base de una serie de compuestos notables; el segundo, resultado de combinarse el radical cianógeno compuesto de carbono y nitrógeno con el hidrógeno, es veneno activísimo, cuerpo poco estable, pero que se obtiene con facilidad suma. Teniendo presente este hecho, el insigne químico Berthelot aduce una serie de observaciones interesantísimas, con objeto de esclarecer el origen de la luz en los cometas, atribuida, con frecuencia, á diversas acciones mecánicas, capaces de mantener en incandescencia continua el núcleo y las nebulosidades que lo envuelven y que acaso se explique mejor suponiéndola de origen eléctrico. En efecto, el análisis espectral acusa un género de combinaciones del carbono y del hidrógeno, que con la presencia del ácido cianhídrico constituyen argumento nada despreciable en favor de la teoría eléctrica de la luz de los cometas.



LAS HERMANAS, cuadro de A. de Kaulbach

Demuéstrase hoy que la formación del acetileno es inmediata y necesaria, siempre que se hace pasar una serie de chispas eléctricas por la mezcla de sus elementos carbono é hidrógeno. Añadiendo nitrógeno al acetileno así formado y continuando la acción eléctrica, prodúcese al instante ácido cianhídrico, siendo este fenómeno, según observa Berthelot, el carácter químico más constante y fácil que distingue al nitrógeno. Por tal razón, los espectros del acetileno y del ácido cianhídrico son inherentes á los que, por influencia eléctrica, produzca cualquiera gas que contenga carbono, hidrógeno y nitrógeno, libres ó combinados y es de advertir que, si de la propia suerte el espectro del acetileno se ve en la combustión de los gases de hidrocarburos, el del ácido cianhídrico no acusa la presencia del nitrógeno en un gas que arde y lo contiene, á no ser en las condiciones que se han establecido. De consiguiente parece más fácil concebir que se iluminen eléctricamente las materias cometarias, que suponerlas ardiendo continuamente por efecto de fuerzas cuya naturaleza es desconocida.

Creo inoportuno insistir acerca de la importancia de estos análisis. Ellos permiten extender los dominios de la Química y de la Astronomía, consienten determinar la composición de los astros más lejanos y aventurar hipótesis muy fundadas acerca del origen de su luz, dilatando, de esta suerte, los conocimientos del hombre y satisfaciendo, en parte nada escasa, sus ansias y deseos de conocer la Naturaleza en que vive, fin y objeto de todas las ciencias.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

EL LEÓN DE LUCERNA, dibujo de J. M. Marqués